

Elecciones en U. S. A.

Y LA CRISIS CUBANA

Las elecciones para el Congreso y la crisis cubana han ocupado el primer plano de la actualidad estadounidense durante los dos últimos meses.

Hasta tres días antes de reventar la crisis cubana el Presidente Kennedy se hallaba sumergido, al parecer, en una furiosa campaña electoral en favor de los candidatos demócratas que pudieran ayudar sus programas legislativos en el próximo Congreso. Derrotas como la del cuidado médico de los más ancianos y la de la creación de un Departamento de Negocios Urbanos le sirvieron de base para presentar ante la opinión pública la imagen de un partido republicano completamente negativo, que a todo se opone sin proponer nada positivo. Históricamente todo se confabulaba contra el Presidente. Los análisis políticos no ignoraban: 1) que en las votaciones intermedias para el Congreso entre elecciones presidenciales, el partido de la oposición suele ganar numerosos escaños tanto en el Senado como en la Cámara de Representantes. El término medio de estas pérdidas solía ser de siete escaños en el Senado y de unos 44 en la Cámara de Representantes. Los republicanos nos disimulaban su optimismo; y 2) que la popularidad del Presidente raramente ha causado un cambio de opinión en los votantes. A la luz de esta perspectiva histórica en retrospecto, el partido demócrata ha realizado una gran hazaña solamente superada por Roosevelt en 1934. Los demócratas ganaron cuatro escaños en el Senado, donde ahora más del doble son demócratas, y perdieron solamente cuatro en la Cámara de Representantes conservando todavía un amplio margen de control en este cuerpo legislativo. Personalmente constituye para Kennedy una nueva victoria que le coloca en una posición inmejorable para ser reelegido en 1964. Sin embargo, no parece que el próximo Congreso vaya a tener una fisonomía muy distinta de la del pasado. Kennedy va a necesitar su más afilado sentido político para conseguir que aprueben sus planes legislativos. Las ganancias del partido republicano para el Congreso han sido principalmente en el sur, y esto es un signo bien poco saludable. Significa que sus candidatos adoptaron políticas archiconservadoras en materias económicas y sociales, que a

largo plazo van a perjudicar más que favorecer al partido republicano.

Varias de las elecciones tuvieron relieve nacional. La de Massachusetts entre Kennedy y Lodge por tratarse del hermano del Presidente y de una tradicional rivalidad política entre las dos familias más prominentes de ese Estado. La magia de los Kennedy volvió a relucir una vez más y el más joven representante de la familia logró una resonante victoria. En la de New York salió reelegido ampliamente el Gobernador Rockefeller, y ya se anuncia como candidato potencial para las elecciones del 64. Es tal vez el único republicano capaz de darle un susto a Kennedy. Todo parece indicar que su divorcio después de 32 años de matrimonio no le ha costado muchos votos. En una campaña contra Kennedy, con una familia tan atractiva como fotogénica, la cosa pudiera ser diferente. También las elecciones para Gobernador en los grandes estados industriales de Michigan y Pennsylvania fueron significativas por la impresionante victoria de los dos candidatos republicanos. Tanto Romney vencedor en Michigan como Stratton en Pennsylvania adquieren automáticamente relieve nacional con aspiraciones presidenciales. George Romney renunció a su cargo de Presidente de la American Motors Corporation para entrar en la arena de la política. Rockefeller, Romney y Stratton poseen más de un rasgo en común. Los tres pertenecen al ala liberal del partido republicano y pudieran ser calificados de conservadores progresistas, flexibles en su manera de pensar, con amplia mirada internacional en su ideario político, y en armonía con los tiempos de rápida transformación social, política y económica en los que vivimos. En realidad están más cerca del pensamiento político de Kennedy, que de la ideología política de su propio partido.

La lucha más pintoresca y enconada se desarrolló en el Estado de California donde Nixon puso en juego su existencia política contra el popular Gobernador demócrata Brown, y la perdió. Nixon cometió el error fatal de usar como plato fuerte de su rumbosa oratoria la subversión del comunismo, aunque nadie creía que ese fuese el problema básico del Estado de

California, uno de los más prósperos y en continua movilidad social y económica. El hombre al que 100.000 votos arrebataron la Presidencia de los Estados Unidos vino a perder la Gobernación de su propio Estado de California por unos 300.000 votos.

Sin duda el acontecimiento más dramático del año ha sido la reciente crisis en el Caribe. Cuba era un hueso que Kennedy tenía atragantado en la garganta. El pueblo americano estaba llegando a un punto intolerable de saturación ante la aparente inercia y pasividad de la Administración de Kennedy cuando todos los rumores parecían indicar que Cuba se estaba convirtiendo en un arsenal formidable de proyectiles y armas nucleares. Kennedy en su campaña política electoral por diversas partes del país sintió inteligentemente el pulso de la nación. Como consumado estadista supo coordinar maravillosamente su estrategia para sacar el máximo prestigio político tanto en el interior como en el exterior del país. Sin embargo, fuentes gubernamentales y extragubernamentales siguen creyendo que toda coincidencia entre la crisis de Cuba y la campaña electoral, como en ciertas novelas y películas, fué puramente accidental. Pero a más de uno le cuesta digerir que unas bases balísticas pudieran crecer como hongos de la noche a la mañana. En todo caso, muchos políticos, especialmente republicanos estaban ventilando públicamente el problema de Cuba para atacar la indecisión del Presidente, y de su propia cosecha, proponían toda clase de grandilocuentes soluciones para "hacer algo", desde invadir a Cuba otra vez, hasta formar un bloqueo completo de la Isla. Los republicanos con Eisenhower a la cabeza corrieron un grave riesgo al hacer de Cuba una de las cuestiones candentes de su campaña electoral. Al no tener acceso a todas las fuentes de información que el Presidente tiene a su disposición, cayeron de bruces en las mismas redes que ellos habían tendido para atrapar a Kennedy.

Mientras Kennedy se paseaba promoviendo una campaña partidista por diversas ciudades del país, los U-2, RB-47 y RF-101 de las Fuerzas Aéreas estaban desarrollando sobre la Perla de las Antillas el más fantástico reconocimiento aéreo de nuestros tiempos. No tardaron en llegar al despacho presidencial en forma de elocuentes fotografías las pruebas más evidentes de la perfidia soviética. De inmediato Kennedy anunció en tono sombrío a la nación la decisión tomada de imponer una cuarentena a los cargamentos de armas ofensivas en ruta hacia Cuba. La nación escuchó sin pánico a su Presidente. Desde el primer momento le ofreció con orgullo su incondicional apoyo sin distinción de partidos. El discurso del Presidente quitó de encima a los americanos la pesadilla irritante de una enorme frustración nacional.

Haciendo caso omiso del Gobierno títere de

Castro, Kennedy se enfrentó directamente con el oso soviético con dos claras amenazas, que no dejaron ninguna duda en la mente del Jefe soviético que esta vez iban en serio:

1) Todas las bases de proyectiles balísticos deberían ser desmanteladas de inmediato y sus cohetes devueltos al sitio de donde vinieron. De lo contrario, los Estados Unidos intervenirían con otras medidas más apropiadas.

2) Cualquier acto de agresión por parte de Cuba sería considerado como un ataque hecho por la misma Unión Soviética, y como consecuencia los Estados Unidos retaliarían sobre Rusia con toda su poderosa fuerza termonuclear. Kennedy demostró con bastante convicción que estaba dispuesto a aceptar una guerra nuclear antes que capitular ante lo que el pueblo americano considera de vital interés para su seguridad. El Dictador soviético había llegado a la errónea conclusión de que los americanos son demasiado flojos y liberales para luchar. Hitler cometió el mismo trágico error. Y si Khrushchev hubiera estado al tanto de la historia americana contemporánea, habría aprendido que la lección de Pearl Harbor perdura todavía en la conciencia del pueblo americano.

Resulta sorprendente que los astutos rusos se dejaran sorprender en esta ocasión, tan in fraganti, con las manos en la masa. El 18 de Octubre Gromiko más afable que de ordinario hizo una visita al Presidente Kennedy. En ella le aseguró que Rusia nunca depositaría armas nucleares en Cuba. Era una mentira y el Presidente lo sabía, pero disimuló muy bien sus sentimientos y verdaderas intenciones.

Indudablemente Khrushchev cometió un error de cálculo al querer llegar por un atajo clandestino a una paridad nuclear que le permitiera neutralizar la capacidad retaliatoria de los Estados Unidos, y de carambola adquirir una ventaja adicional desde la cual seguir imponiendo chantajes a la posición aliada en Berlín. Por fortuna, en el pensamiento de Kennedy ambos problemas estuvieron íntimamente unidos. Expertos militares aseguran que si Khrushchev hubiera tenido tres semanas más para completar su red de bases balísticas en Cuba, de un solo golpe, hubiera podido matar de 25 a 50 millones de americanos.

Del todo inusitado fue el secreto cerrado en el que se realizó toda la operación de la cuarentena cubana. Mientras el Presidente dirigía su palabra a la nación, todo el ingente aparato militar de los Estados Unidos se hallaba en plena actividad con cientos de aviones y barcos de guerra en estado de alerta y la península de Florida convertida como por arte de ensalmo en un inigualable fortín. Tan en secreto se llevaron todas las maniobras preparatorias, militares y políticas, que las vestales de la prensa

ya han comenzado a desgarrarse las vestiduras quejándose de esta manipulación y control de noticias por parte del Gobierno, que consideran como una censura incompatible a la larga con un sistema democrático de gobierno. Mr. Silvester, Asistente Secretario de Defensa para asuntos públicos describió cándidamente la posición del Gobierno al declarar que en el mundo actual la emanación de noticias sobre acciones gubernamentales es un arma más que el Presidente tiene en su arsenal para la solución de problemas de orden político y militar. Sin embargo, ciertas deliberadas informaciones erróneas dejaron en muchos más de una duda sobre la veracidad de los informes del Gobierno sobre la situación.

Los líderes parlamentarios fueron llamados a Washington y se les comunicó la decisión de la cuarentena sin antes haber sido consultados. El mismo procedimiento siguió el Presidente respecto de sus aliados europeos y de los gobiernos de las demás naciones del hemisferio, que se encontraron ante un hecho consumado. Pero el respaldo por parte de todos estos países fue tan unánime que el Jefe soviético entendió al punto el mensaje, y su retirada fue precipitada y casi completa. Difícilmente podrá ufanarse en adelante de que le son suficientes sus proyectiles intercontinentales para enterrar a los Estados Unidos. Con todo, se han voceado ciertos recelos, contra esta manera de proceder de Kennedy, pues no parece del todo apropiado desafiar prácticamente con un ultimatum a Khrushchev cuando se estaba comprometiendo la seguridad de muchas de las naciones amigas, que fueron precisamente pasadas por alto a la hora de tomar la decisión.

Ha sido una gran victoria personal para el Presidente americano toda su actuación en la crisis cubana. Kennedy se ha sacado la espina de la frustrada invasión a Cuba, y se respira en la opinión pública americana un nuevo sentido de profunda confianza en el temperamento y buen sentido de su Presidente. Mantuvo a gran altura sus grandes responsabilidades: la seguridad de los Estados Unidos y la del mundo libre. Mr. Gallup afirma en su más reciente sondeo de opinión, después de los sucesos de Cuba, que la popularidad del Presidente ha ascendido a un 74%. A pesar de las muchas presiones extremistas que sobre Kennedy estaban ejerciendo diversos grupos políticos, prefirió usar aquella medida que sin llegar a ser un acto declarado de guerra y sin desequilibrar peligrosamente la balanza de terror, mostraba una combinación incomparable de atrevimiento y prudencia. Por otra parte la elección de la cuarentena, entre las varias alternativas que sus consejeros le pusieron sobre el tapete, proporcionaba a Estados Unidos la ventaja inicial de enfrentarse a Rusia en alta mar donde los

Estados Unidos son todavía hoy casi todopoderosos. Un choque en tales circunstancias hubiera sido catastrófico para el prestigio militar soviético.

Extrañamente, una nota optimista ha surgido de todos estos últimos escalofriantes sucesos de las últimas semanas. Las grandes potencias se están todavía reponiendo del sudor frío proveniente del resbalón terrible que les ha llevado casi al borde del supremo holocausto termonuclear. La confianza en América es mayor. La solidaridad occidental se ha consolidado, y muchas naciones de este hemisferio han abierto finalmente los ojos ante lo que es Castro y representa. Castro vendido por treinta monedas al imperialismo soviético ha dejado de ser el símbolo viviente de una auténtica revolución latinoamericana. Por añadidura, el prestigio de Rusia en el mundo ha sufrido un fuerte revés gracias a Castro y también a las recientes aventuras colonialistas del imperialismo comunista chino. Las Naciones Unidas y su Secretario General U Thant, a pesar de la actuación unilateral de Kennedy sin previo recurso a las Naciones Unidas, han surgido de la crisis de Cuba con una nueva aureola de prestigio. La meditación de U Thant en el conflicto ha sido grandemente aplaudida y su reputación es hoy tan grande como la de Hammarskjöld después de su actuación en el problema de Suez hace seis años.

Varios mitos se han venido abajo con la crisis cubana. Entre ellos, el mito de que un bloqueo es automáticamente un acto de guerra y una medida hoy día impracticable e inefectiva. Aunque oficialmente se evitó la palabra "bloqueo", el hecho es que la cuarentena viene a ser una especie de bloqueo limitado, más o menos pacífico, que no implica en sí mismo una declaración de guerra. Otro de los mitos derribados ha sido la creencia de que la Doctrina Monroe estaba muerta. Ante una amenaza tan seria como la de un ataque nuclear desde Cuba las naciones latinoamericanas han formado un frente único y sin precedente con los Estados Unidos.

Todo parecía indicar durante la campaña electoral que el problema de Cuba iba a repercutir de una manera desfavorable para Kennedy y su partido. Con la decisión de la cuarentena sus enemigos políticos perdieron el equilibrio y varios de ellos, como el senador archiconservador de Indiana Capehart, que de continuo estaba repitiendo en su campaña de reelección, pero sin pruebas responsables, "bloqueemos a Cuba; y si esto fracasa hagamos una invasión", han sentido los efectos del boomerang cubano. Capehart después de 18 años ha sido derrotado por un joven advenedizo en línea con el pensamiento político de Kennedy.

Es evidente que la crisis cubana ha ayudado al partido del Presidente. El pueblo americano tiende a apoyar a sus líderes en tiempos de peligro.

El hecho de que Rusia envíase al negociador número uno del Kremlin para suavizar a Fidel Castro es en cierto modo un triunfo para Kennedy. Desgraciadamente la misión de Mikoyan ha dejado muchos interrogantes sin resolver. Mikoyan fué a Cuba para tratar de convencer a Castro sobre el acuerdo Kennedy-Khrushchev de remoción de los proyectiles y bombarderos IL-28, desmantelación de las bases e inspección territorial en cambio por el cese de la cuarentena y la promesa de no invadir a Cuba. Castro se ha negado en redondo a admitir una inspección internacional de la Isla para verificar el desmantelamiento de las bases y prevenir que se oculten surrepticiamente en Cuba armas ofensivas. Sin una inspección territorial los Estados Unidos no pueden tener garantía plena de que los proyectiles y aviones bombarderos rusos han sido retirados de la Isla.

Rusia no ha cumplido todas sus promesas y al no lograr convencer a Castro de la exigencia americana de inspeccionar la Isla, los Estados Unidos se ven obligados a continuar diariamente sus reconocimientos aéreos y dejar en estado de alerta un enorme contingente de fuerzas. Por otra parte al negarse Castro a aceptar una inspección internacional del territorio, Kennedy queda exonerado de su promesa de no invadir a Cuba, políticamente malsana y bastante criticada en los Estados Unidos.

En general, la crisis de Cuba ha puesto después de muchos años de guerra fría a Estados Unidos a la ofensiva y a Rusia a la defensiva. Es de esperar que los rusos hayan aprendido una lección de cautela. Indirectamente Cuba ha sido la manzana de la discordia no solamente en el Kremlin, sino también dentro del mismo

campo del comunismo internacional ante el regocijo del Occidente que contempla desde la talanquera cómo los jefes del marxismo-leninismo se excomulgan y anatematizan.

Pero sería demasiado ingenuo creer que el problema básico de la crisis del Caribe se ha resuelto. Mientras Castro y su régimen marxista-leninista permanezcan en el poder la situación en el Caribe será crítica y Cuba continuará siendo entre bastidores el cerebro manipulador de la subversión y agresión comunista a través de toda la América Latina. Son muchos los que consideran insuficientes las presiones económicas y políticas para derrumbar a Castro.

Sería erróneo además concluir de la crisis cubana, que la única manera de combatir el imperialismo soviético es por medio de la fuerza bruta y amenazas termonucleares, que lo mejor es prescindir de la ONU y del arbitraje internacional para arreglar los conflictos entre las comunismos de este Hemisferio, no con una invasión ni siquiera con bloqueos navales, sino naciones, y de que el comunismo ha sido derrotado en la América Latina, cuando de hecho sigue existiendo una situación social tan desequilibrada e injusta. A este propósito afirmaba recientemente el NEW YORKTIMES en uno de sus bien ponderados editoriales:

"Solamente seremos capaces de extirpar el sistema democrático de una manera más efectiva y atractiva a la América Latina. La Alianza para el Progreso puede obtener esto, si tiene éxito. Debemos enfrentarnos ante el hecho de que los Latinoamericanos nos miran no para que les dirijamos en una cruzada contra el comunismo, sino para que les ayudemos a resolver sus urgentes problemas sociales, económicos y políticos". (THE NEW YORK TIMES, December 1, 1962)

RAFAEL BAQUEDANO, S. J.